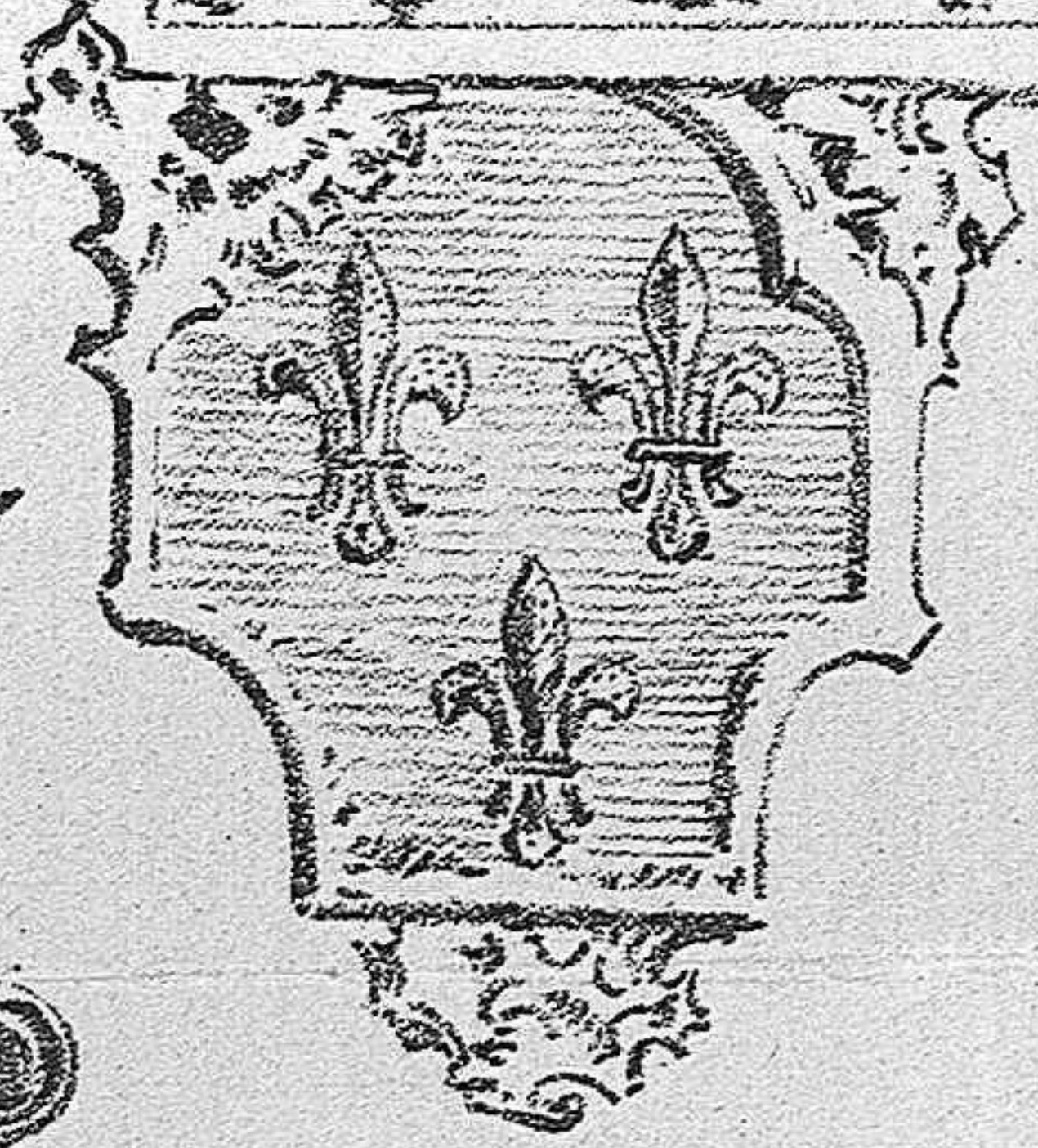


La Tradición

* PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO *

—DIOS— —Patria— —REY—



Á

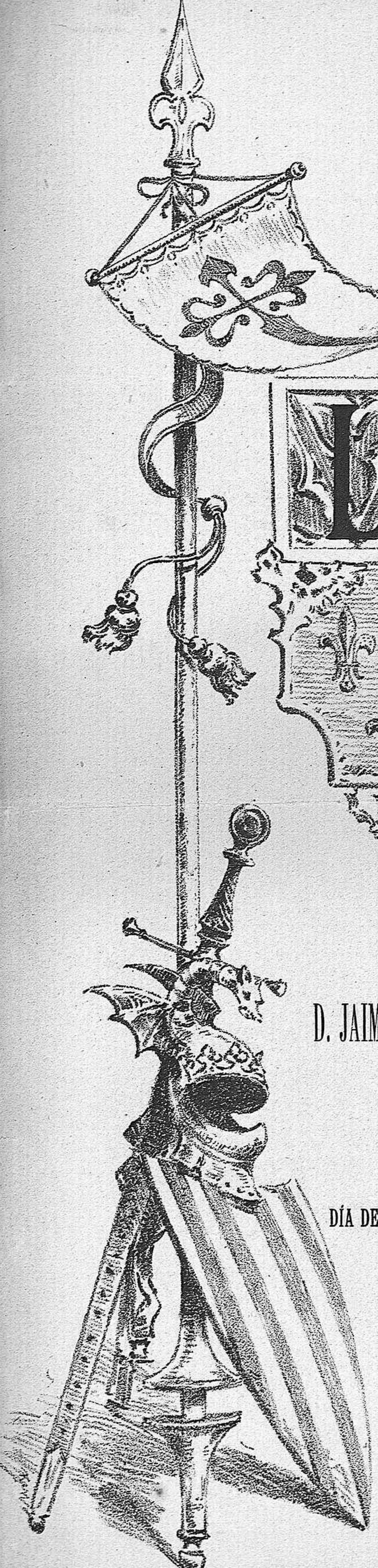
D. JAIME DE BORBÓN Y DE BORBÓN

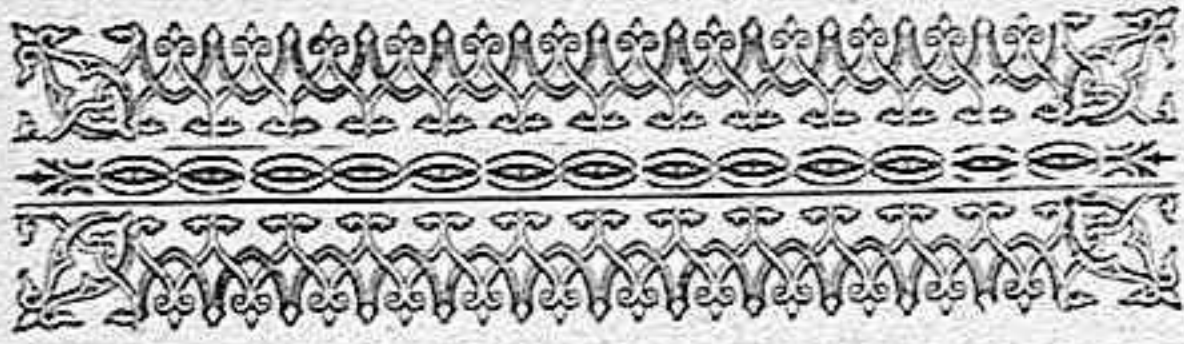
EN EL

DÍA DEL SANTO PATRONO DE LAS ESPAÑAS

Santiago Apóstol

LA REDACCIÓN.





SANTIAGO, CIERRA ESPAÑA

El tradicional grito de guerra de nuestros cristianos padres, la corta pero expresiva plegaria con que desde Clavijo se animaron siempre á la pelea, y, en luchas seculares contra los enemigos de su Dios y de su patria, solicitaban y obtenían para sus armas el celestial auxilio, viene forzosamente á la memoria y brota espontáneo de todo pecho español en la memorable fecha del 25 de Julio.

La voz de nuestros cañones, llevando la de la patria y expresando los cristianos sentimientos de nuestros valientes soldados, lo repetirá mañana, apenas el sol, apareciendo en el oriente, haga brotar de las nocturnas sombras un nuevo día; y las brisas de nuestro hermoso mar, y los aires puros de nuestras montañas, en íntimo y fraternal consorcio, lo murmurarán á nuestros oídos, lo enseñarán á cantar á las parleras aves, al besar, entre respetuosas y juguetonas, la santa enseña de la patria izada sobre la esbelta torre del homenaje de nuestro pintoresco Bellver, flotando majestuosa sobre las arábigas almenas de nuestra histórica Almudaina.

Mientras tanto, al pie de nuestros altares, perfumados por el incienso y quizá regados por las lágrimas, acudirá todo un pueblo, un pueblo creyente, el pueblo español, y á las oraciones de los ministros del santuario, á sus inspirados himnos y bíblicos cánticos se unirá una plegaria, formulada por mil labios, sentida por todos los corazones, que subiendo majestuosa en alas de la fe más pura y de la más santa esperanza será recogida por la bóveda, y allí condensada en un grito, potente y expresivo como nacido del alma, exposición compendiosa de dolores y sufrimientos, resumen acabado de esperanzas jamás defraudadas, eco fiel, al través de más de diez siglos, de aquel otro grito que repitieron los ecos de nuestras montañas cuando nuestros padres, trocado en indomable valor el desaliento de la vispera á la vista del invencible caudillo que montado sobre un caballo blanco, con esplendente vestidura y llevando en su mano blanco estandarte los animaba á la pelea, arrancaban contra la chusma agarena y vencían y destrozaban á las orgullosas huestes de Abderraman.

¡Santiago, cierra España! Con palabras tan compendiosas como expresivas externaban nuestros padres, en días tristes para la patria, en momentos en que todo peligrosaba, el honor de las esposas, el sepulcro de los mayores, el hogar y la familia, la libertad y la vida, lo que sentía su corazón creyente en Dios y amante de su patria; y su fe viva, y su caridad ardiente y á prueba de costosos sacrificios encontraba recompensas tan acabadas y escribía en la historia nombres tan gloriosos como los de Clavijo y Simancas, Calatañazor, las Navas y el Salado.

¿Por qué, como á ellos, no informa nuestro espíritu su fe arraigada, no inspiran nuestros actos sus legendarias virtudes, sus inmortales ejemplos? Si somos sus hijos ¿por qué no ser sus herederos? ¿por qué no hacer nuestro el riquísimo patrimonio de religiosidad, hidalguía, valor, carácter, dignidad, entereza que nos legaron en testamento escrito con fuego, con hierro y con sangre? ¿Por qué cuando la patria gime, y el horizonte se nubla, y los espíritus se conturban, y todo amenaza hundirse, no buscamos como ellos en el dador de todo bien el auxilio que asegure la empresa, no impetramos de lo alto el esfuerzo que falta á nuestro brazo, no interponemos la intercesión poderosa del que aclamamos como espe-

cial Patrono, y mientras, como ellos, con la diestra requerimos la espada con ellos también gritamos: Santiago, cierra España.

¡Ah! Santiago, España.

Un día cuando la luz de la verdad empezaba á disipar con sus primeros rayos las densas sombras acumuladas por largos siglos de aberraciones y locuras, cuando aún resonaban en apartado rincón de la Judea los ecos dulcísimos de aquella voz divina que por espacio de tres años había anunciado á los humildes y sencillos la buena nueva, y teñía, fresca aún, la cumbre del monte de las calaveras la sangre del Justo, un hombre desconocido, sin más armas que un báculo, ni más protección que la del Cielo, aportaba á las playas españolas; y mientras Roma escuchaba atónita la voz de un oscuro pescador de Galilea, y los sabios del Areópago prestaban atento oído á las sublimes lecciones del Apóstol de las gentes, junto á las márgenes del Ebro pronunciaba por primera vez el nombre de Jesús y enseñaba á amarle á los iberos el discípulo que con Pedro y Juan había merecido especiales muestras de predilección del Divino Maestro, el hijo del Zebedeo, apellidado por Jesús hijo del trueno, Santiago Apóstol.

Cierto que el carácter independiente y altivo de los hijos de España, unido á sus errores religiosos y supersticiones arraigadas, no hubo de ser terreno bien preparado para que desde luego germinara, se extendiera y fructificara en él la semilla que el Apóstol venía á sembrar. Fenicios, griegos, foceos y rodios, cartagineses y romanos, cuantos pueblos movidos por la ambición ó impulsados por el lucro habían posado su planta sobre nuestro suelo para mejor poder alargar su mano al oro que guardaba en sus entrañas, á los tesoros que ocultaba en su seno, tal vez más por espíritu mercantil que por proselitismo religioso habían cuidado de sustituir con el politeísmo absurdo y corruptor el culto al Dios desconocido con que los iberos, guiados por una tradición en parte adulterada y sostenida por sólo la recta razón, honraban al mismo Ser supremo cuyo nombre Atenas, la sabia Atenas, había de esculpir más tarde sobre el frontispicio de su Areópago.

De aquí que nuestro Santo Patrono, menos afortunado en esto á los ojos de la humana comprensión, corta de alcances para saber leer en el libro de la Divina Providencia, que sus otros compañeros en el apostolado, apenas si pudo reducir á unos pocos á sujetar su cerviz al yugo de Cristo. Su condición de extranjero, lo extraño de su doctrina, su mismo aspecto humilde le habían de hacer sospechoso, cuando menos, á pueblos avezados á estrechar manos que ofrecían amistad para mejor forjar cadenas. Triste y desalentado, mientras sus labios formulaban dulce queja y de su corazón brotaban oraciones encendidas, mezcló, en noche memorable, sus lágrimas con las tranquilas aguas del Ebro. Y grato debió ser á nuestro Dios, que recompensa cumplidamente como obra consumada aun lo que sólo la voluntad determina, el zelo ardiente de su fiel discípulo por su gloria y por la salvación de la herencia que le había cabido en suerte, cuando para consolarle, animarle y fortalecerle le enviaba á su misma Madre que entre conciertos angélicos y con dulcísimas palabras, dejándole como dádiva, recuerdo y garantía una imagen suya sobre firmísimo pilar de mármol, le anunciaba y prometía la perpetuidad de la obra al parecer con tan poco fruto comenzada y por la que tanto se afanaba el Apóstol.

Gracias á Santiago el Mayor, diga lo que quiera una crítica extranjera y envidiosa, con brio y ventaja rebatida por nuestros cristianos historiadores, conoció España el verdadero Dios. Él fué quien, acompañado de sus discípulos, puso fin á un estado de cosas por más de un concepto lamentable, dispuso con los esplendores de la luz las densas sombras del error, y acabó con los cruentos sacrificios que enrojecían con sangre humana cien altares y con las estúpidas

supersticiones que dividían á los hombres en dos castas: víctimas y verdugos.

Y por si esto fuera poco, por si no bastara que España le debiera su fe, hizo la predilección especial con que nos mira el Apóstol que por medio del Evangelio nos engendró en Cristo que le debiéramos también favores señalados, gracias singularísimas, merced á las cuales llegamos á ser un pueblo libre, un pueblo grande, independiente, noble, altivo, constantemente alumbrado por el sol, impunemente acechado por la herejía.

En lucha de siete siglos para reconquistar patria y libertad, ambas vergonzosamente sepultadas en las menguadas corrientes del Guadalete, nos alentó con su protección y ayuda, en más de una ocasión visible. Templó nuestro brazo, sostuvo nuestro ánimo, alentó nuestro valor; y gracias á Él pudimos recorrer con gloria ese hermoso camino de laureles que empieza en las vertientes del Aseba y no termina hasta Granada.

Las páginas todas de nuestra historia, brillante tejido de hechos que por desgracia pertenecen al pasado, son el mejor testigo de cuanto debe España á su glorioso Patrono. Él nos dió la fe, Él nos devolvió la patria.

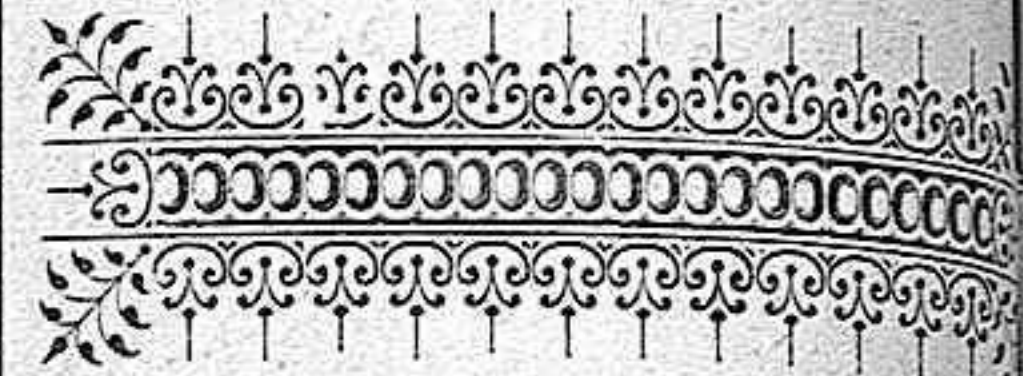
En peligro una y otra gracias á lamentables desaciertos y á incasantes y costosos ensayos de malas copias de sistemas malos; perdida la unidad religiosa, fundamento de nuestra unidad política, origen de nuestras más preciadas glorias nacionales y envidia de políticos aun disidentes y extranjeros; cuando, quizá cediendo á imposiciones extrañas y sin prever contingencias futuras, faltando á pactos solemnemente estipulados y á la misma Constitución del Estado, se permite que en la misma capital de la Monarquía se levante templo frente á templo, altar contra altar, y se deja que en las cátedras de nuestros Institutos y Universidades resuene la voz de la impiedad, y á título de libertad y ciencia se corrompa á nuestros hijos y se forme sin Dios, sin religión y sin freno esa juventud de hoy, esos hombres de mañana; cuando un hombre funesto en política, indefinible en religión, el verbo mismo de la democracia española, ha podido escribir, hace apenas dos años, que «se ha traído ya al régimen constitucional y parlamentario toda la sinceridad compatible con las costumbres nuestras, sin oponer ni supersticiones religiosas (y ya se sabe lo que esto significa), ni siquiera supersticiones monárquicas, á cuantas reformas han ideado los partidos liberales y democráticos en los últimos lustros (1)»; cuando á las energías de nuestra raza siempre viriles, dignas y vigorosas se las acalla y sustituye con humillaciones indignas que desdicen de nuestro carácter y están reñidas con nuestra historia; cuando se esteriliza la sangre de nuestros soldados vertida con prodigalidad, con heroísmo, pero sin fruto, en la traidora manigua; cuando, hartos ya de ver cambiar al enfermo de postura sin conseguir más que vencerle de la gravedad desumal, podríamos decir que asistimos á la agonía de una nación si esta nación no se llamara España; al aprestarnos á acudir en su auxilio, al esgrimir las armas que los tiempos, las circunstancias y la condición de cada cual aconsejen, sea nuestro grito de guerra, forme nuestra oración ferviente, brote encendido de nuestro pecho aquel grito con que las huestes de Ramiro saludaban con entusiasmo al celestial caudillo que les daba la victoria, y desde Peñas á Tarifa, desde Creus á Finisterre; en las alturas de los pirineos y en la frondosidad de nuestros valles;

(1) -Tras Alfonso XII, de política muy personal, y representante por su hado y destino de la reacción, vino la regente y trajo al régimen constitucional y parlamentario toda la sinceridad compatible con las costumbres nuestras, sin oponer ni supersticiones religiosas, ni siquiera supersticiones monárquicas, á cuantas reformas han ideado los partidos liberales y democráticos en los últimos lustros, decretadas por el voto de las Cortes y admitidas y promulgadas por su soberana sanción. -Emilio Castellar—Revue Parlementaire—5 Agosto 1895—Paris.

en los riscos de Asturias, en las breñas del Monserrat y en los pensiles andaluces; en cuantas partes se oiga la lengua que inmortalizó Cervantes, con que la resaca de Jesús hablaba con Dios, y el y Hernan Cortes, Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Almagro, Balboa y Pizarro dieron nuevos lauros y nuevos mundos suene hoy una sola voz, un solo eco ¡Santiago, cierra España!

L. DE CÁRDENAS.

Palma—Julio—1897.



EL NACIMIENTO DE S. A. D. JAIME

ACTA

A la una de la tarde del día 2 de Agosto de 1870 se verificó en el salón principal del palacio de La Faraz, situado cerca de La Tour de Peiltz (cantón de Vaud) la ceremonia de condecorar á A. R. el Serenísimo señor Príncipe de Asturias, don Jaime Fernando de Borbón y Borbón, con la cruz de la Victoria traída á Suiza desde España por una diputación de los carlistas del Principado de Asturias.

Ocupaban los asientos colocados antemano á la derecha y en el fondo del referido salón los Grandes de España señores Conde de Castrillo y de Orgaz, marqués de Villadarias, las Grandes de España señoras condesa de Castrillo de Orgaz, Marquesa de Villadarias y la Romana, la señora doña Consuelo de Arjona, las señoritas doña María Caro y doña María de Medina, los señores general carlista Elio, don Antonio Aparisi y Guijarro y don Gaspar Díaz Labandero, secretarios de S. M., los señores general Estartús, Marqués de marit y Conde Galiana, los señores Irraguirre, brigadier y gentil-hombre de S. M., Suelves, Sagarra, Arjona, Jor y Maldonado.

Ocupaban las sillas colocadas á la izquierda del salón los individuos de la comisión señores don Guillermo Estrada Villaverde, presidente de la misma; Conde de Canga Argüelles, don Gaspar Cienfuegos Jovellanos, don Dionisio Méndez de Lueca, don Emeterio Miran y Prieto, don Rodrigo González de Cienfuegos y don Enrique Fernandez Rojas.

Anunciada la llegada de S. M. y la del auguste Príncipe de Asturias, á quienes acompañaban las damas y gentil-hombres de servicio señoritas de Flores y señor Marichalar, y ocupado que hubieron los asientos, previa la venia de S. M., el señor Estrada, adelantándose hasta el medio del salón, leyó el Mensaje que los carlistas asturianos, oportunamente reunidos en sesión extraordinaria en la ciudad de Oviedo, enviaban á S. M. felicitándole por el nacimiento del auguste Príncipe, al cual en esta forma remitieron pleito-homenaje.

Suscribían dicha manifestación los señores Díaz Caneja, presidente de la Junta provincial; Estrada, vice-presidente; los señores vocales Valdés (don Rafael Cabanilles, Cienfuegos, Jovellanos, Alameda, Menendez de Lueca (don Alejandro no), Palacio, Fernandez, Hévia y Argüelles Riva (secretario); como individuos del círculo carlista de Oviedo los señores Alvarez Arenas, presidente; Campoamor, secretario; por la Junta del distrito de Villaviciosa el Sr. Fernandez Castro; por la de Lena el señor Bernaldo de Quirós; por la de León el señor Gonzalez Cienfuegos; por la de Castropol el señor Cancio Queipo; por la local de Morcín el señor Palacio; por la de Teverga el señor Palas; por la de Mieres el señor Cachero; por la de Luanco el señor Suarez; por la de San Martín del Rey Aurelio el señor Gonzalez; por la de Proaza el señor Palacio; por la de Carreño el señor Casablanca; por la de Llanera el señor

Mier; por la de Aller el señor Gutierrez Lozano; por la de Colunga el señor Miranda; por la de Laviana el señor Valdés Vega; por la de Cabranes el señor Fernández Guerra; por la de Siero el señor Agüeria; por la de Candamo el señor Cuervo y Riva; por la de Langreo el señor García Codes; por la de Quirós el señor Alvarez Manzano; por la de Regueras el señor Quirós y Campo, y por la relación de *La Unidad* los señores Moran y Argüelles Meres.

Acto continuo el señor Estrada dirigió a S. M. el siguiente discurso:

«SEÑOR:

«En nombre de los carlistas del Principado de Asturias tenemos la alta honra de felicitar a Vuestra Majestad, como nos felicitamos a nosotros mismos, por el nacimiento de S. A. R. el serenísimo señor don Jaime Fernando de Borbón y Borbón. Aquel país con más razón que el de Gales en Inglaterra, ó el antiguo Delfinado de Francia, sirve de título á las primicias de la estirpe Real de España, porque Asturias viene á ser como las primicias de la monarquía castellana, y su suelo sirvió de asilo y de cimiento para la reconquista contra los infieles. Y no es este el único título de gloria que Asturias puede presentar ante su Rey y ante su Príncipe: ya en la edad antigua, Augusto, emperador poderoso, se vió obligado á abrir las puertas del templo de Jano y á descender del solio de Roma para ir á sofocar en Asturias el último resto de la independencia cántabra; y en la edad moderna otro poderoso emperador, Bonaparte, hubo de fijar su mirada de águila sobre Asturias, pobre rincón del mundo, desde donde el genio español le arrojó su primer reto, cuando toda Europa coaligada apenas se hubiera atrevido á hacer otro tanto.

Pues bien, si en esos tres solemnes y bien distintos momentos de la historia Asturias puso tan alto su nombre, es porque su espíritu está más elevado una que sus montañas, cuyas soberbias cimas se esconden en las nubes; y de-de allí, atravesando 500 leguas de distancia, los carlistas de Asturias vienen al pié de estas otras montañas y á la orilla de estos grandes lagos para ofrecer por conducto nuestro sus títulos de gloria ante un excelso recién nacido: ante un niño agosto, víctima inocente del odio de de las revoluciones, venido al mundo en extranjero suelo, y que entró por las puertas de la Iglesia aquí donde el Catolicismo vive como sospechoso huésped; niño agosto, representante de todos los dolores de una dinastía legítima proscri-ta y representante á la vez de todas las grandezas de una dinastía legítima nunca humillada; niño agosto que á despecho de todas las iniquidades triunfantes es después de V. M. la única personificación verdadera de todas las glorias de España y de todas las glorias personales de sus reyes desde Ataulfo y Recaredo hasta Carlos V y Carlos VII.

Quiera Dios oír los votos que le eleva el corazón de los carlistas asturianos, súbditos fieles de V. M., y hacer de Vuestro Príncipe y nuestro Príncipe un fruto de bendición para V. M. y su augusta esposa, cuya ausencia de este sitio es para todos tan sensible; un Monarca de reparaciones y bondades para la desventurada España, y un justo, tal vez un Santo, para la patria inmortal de todos.

Y ahora, Señor, para concluir, dignese V. M. aceptar, siguiendo antiguas tradiciones, un presente que los carlistas asturianos ofrecen á su Príncipe; presente humilde como nunca, pero también como nunca expresivo, pues que en mucha parte se debe al óbolo del pobre, y es testimonio inequívoco de lealtad y de amor. Consiste en una condecoración mezquina, como lo sería todo lo que se dedicase á tan grandioso objeto, pero que tiene el valor inestimable de estar tocada en las Santas Reliquias depositadas en la Catedral de Oviedo, tesoro con que Dios premió la fé de los antiguos asturianos: esta condecoración lleva las armas del Principado de Asturias, la Cruz de don Peláez y la Cruz de la Victoria.

debe ser muy significativo para V. M. Dignese asimismo V. M. cubrir con ella, como una égida que le libre de males y peligros, el pecho de S. A. R., siguiendo también la tradición de nuestros reyes, que investian á sus Primogénitos con esta insignia; antes que con la del Toison ó cualquier otra correspondientes á su suprema dignidad.

Haciéndolo así S. M. habrá dado una muestra de sigular afecto á los asturianos, y habrá colmado sus deseos.»

Tomada por S. M. de manos del señor Estrada la insignia, la colocó sobre el pecho del augusto Príncipe de Asturias, y se dignó contestar con las siguientes palabras:

«Gracias á Asturias por su entusiasta manifestación de fidelidad y por el rico dón que desde este momento adorna el pecho del tierno príncipe que lleva el título con que el mundo conoce desde antiguo á los herederos de la Corona de España.

Con noble orgullo habéis recordado vosotros, y con satisfacción imponderable he oído yo, los hechos preclaros que ilustran la historia de la hidalga tierra asturiana.

Bien juzgáis cuando atribuis al espíritu de religiosidad é independencia el origen de las proezas que en épocas memorables realizaron vuestros ilustres antepasados. Ese espíritu es el que todavía por gracia especial de Dios y á despecho de las revoluciones, vive y alienta el pueblo español; él es el que inspira mi alma al pensar en la restauración gloriosa que ha de poner término á los grandes dolores que sufre hoy mi amadísima patria.

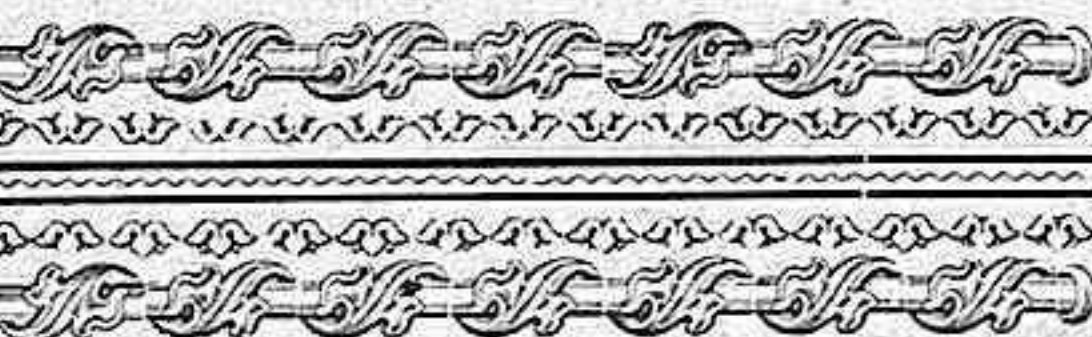
Pido á Dios que cumpla vuestros votos al dirigirse al Príncipe de Asturias á quien la Iglesia acaba de imponer sobre la pila bautismal un gran nombre en honor del Santo Patrón de España, y en memoria de aquel rey esclarecido, que si fué el rey de las batallas y de las conquistas, lo fué también de los fueros y de las libertades.

Esos votos son los de todo el pueblo español, que alegando títulos de antigua fe, es merecedor por ello de que llegue pronto el día de mostrar ante el mundo, ahora tan revuelto y trastornado, cómo pueden gozarse conquistas verdaderas de los tiempos sin renegar de la enseña con que se inmortalizaron los héroes de Bailén y Covadonga.»

Después de pronunciado este discurso S. M. el Rey invitó á la Comisión á que subiera á las habitaciones de S. M. la Reina para saludarla, pues por el estado de su salud no pudo asistir á la ceremonia, con lo que se dió ésta por terminada.

De orden de S. M. se extiende esta acta que firma uno de sus secretarios privados.

VICENTE DE LA HOZ Y DE LINIERS.
La Faraz, 2 de Agosto de 1870.



REFLEXIONES

LOS GRANDES CULPABLES

(Dos párrafos á los conservadores)

Con los que, errando sin duda, creen que es buena la libertad para el bien y para el mal; con los que levantan el templo protestante, mas al propio tiempo dejan en paz á nuestra Iglesia; con los que establecen la logia masónica, pero á la vez respetan la casa de las monjas y el colegio de los jesuitas... con tales hombres puedo entenderme, tratar, vivir, y puedo estrechar su mano deplorando su error: pero con esos que por rabia de espíritu ó por capricho torpe de ambición, quieren que es el bien; con esos que, nombre al Clero, se empeñan en proteger-

le; con esos que dejan insultar al Papa y aun á Dios, y de cuando en cuando se llaman *católicos*; con esos... ¡oh Dios mío! no les aborrezco, porque no sé aborrecer; y aun si les viera caídos, acordándome de Jesucristo, les tendería la mano; pero digo de ellos, y quisiera tener tan gran voz que resonara en los ámbitos del mundo, que con ser tan pequeños, *son los grandes culpables de nuestra época*, porque sin razón, sin sustancia, sin pretexto han rasgado las entrañas de la Iglesia, pisoteado lo que veneramos, escarnecido lo que amamos y herido tan profundamente el corazón del pueblo, que hacen posibles de nuevo los horrores de una guerra más que civil... ¡Oh, tan grave y tan triste es á mi alma hablar en tales términos, que en este instante en que acabo de dictar las anteriores líneas, dejo caer la cabeza entre mis manos, y me siento agobiado y oprimido! Pero no se puede borrar: lo escrito, escrito está; *esos hombres son los grandes culpables del siglo XIX.*

Quisiera buscarles una disculpa: podrá ser que los infelices no sepan lo que hacen de puro turbados, confundidos y fascinados... y no deben saberlo bien, y si llegan á conocerlo algún día, se han de espantar... Pues si yo, el hombre más templado del mundo y tolerante y desprecupado y buen amigo además de muchísimos liberales y aun de algunos de esos desdichados, no lo puedo sufrir con paciencia, ¿cómo han de tolerarlo los que tengan, ó antiguas preocupaciones, ó agravios recientes, ó carácter más fogoso, ó fe más viva?

ANTONIO APARICI GULJARRO.

INQUISICIÓN LIBERAL

(Tomen nota de esto los republicanos)

Lejos de matar la Iglesia de Cristo á los infelices que *no piensan como ella*, dieciocho millones de católicos han sido martirizados por los idólatras, herejes é impíos, sólo por el delito de NO PENSAR COMO ELLOS. Los protestantes mataron á miles de los nuestros en Orthez (Francia), Gorcum (Holanda) y en Alemania, Inglaterra é Irlanda. El mismo Calvino quitó la vida, *porque le hacía la oposición*, al español Servet, y eso que no era católico. La Masonería, por su parte, hizo 222.585 víctimas en la Revolución francesa, según testimonio de César Cantú; sin contar los fieles que perecieron en la Commune de París.

Comenzó el Liberalismo su sanguinario imperio, en 1789, por medio de la Revolución francesa; y esos hombres que tanto hablan de *libertad de pensamiento*, decapitaron PORQUE NO PENSABAN COMO ELLOS á 1.278 ex-nobles caballeros, á 750 señoras, á 1.467 mujeres de artesanos, á 650 Religiosas, á 1.135 Sacerdotes y á 13.633 individuos del pueblo. Además perecieron, víctimas de tan funesta y cruel Revolución, con muertes distintas: 3.460 mujeres de parto prematuro, 348 en cinta, 15.000 muertas en la Vendée, 22.000 niños condenados á muerte, 90.000 hombres, 32.000 personas bajo el proconsulado de Carrier en Nantes, 500 niños fusilados, 1.500 ahogados, 264 mujeres fusiladas y 500 ahogadas, 300 Sacerdotes fusilados y 406 ahogados, 5.300 artesanos ahogados y otras 31.000 víctimas en Lyon.

En este cómputo no están comprendidos los asesinatos cometidos en Versalles, en los Carmelitas, en la Abadía, en los pozos de nieve de Aviñon; ni los fusilados en Tolón y Marsella, después del asedio de aquellas dos ciudades; ni los degollados en Bedoin, cuya población pereció casi toda.

Y tengan presente los liberales que César Cantú, el que nos facilita estos datos, no es ningún sacristán ni amigo de los Curas, y por lo tanto deben creerle.

Esto aparte de lo que, refiriéndose á nuestra España, nos dice la historia de este siglo liberal: entre otros muchos crímenes é infamias, el de la matanza de los frailes, cuyo sesenta y tres aniversario se celebra estos días, y cuya *hazaña* retrata perfectamente el Sr. Menéndez

Palayo, en el elocuentísimo párrafo que trascribimos... «no sólo salpicó la frente de los viles instrumentos que ejecutaron aquella hazaña, semejantes á los que toda la demagogia recluta en las cuadras de los presidios, sino que subió más alta y se grabó como perpétuo é indeleble estigma, en la frente de todos los partidos liberales, desde los más avanzados á los más moderados; de los unos porque armaron el brazo de los sicarios, de los otros porque consintieron ó ampararon ó no castigaron el estrago, ó porque lo reprobaron tibiamente ó porque se aprovecharon de los despojos.»



MOVIMIENTO CARLISTA

Al pié de un retrato

de D. Carlos de Borbón

El importante periódico *The Swiss and Nice Times* publica en su número del domingo 11 del actual, un magnífico retrato del augusto Duque de Madrid, insertando al propio tiempo una biografía llena de interés y por completo ajustada á la verdad histórica.

Esta biografía va encabezada con las siguientes líneas:

«En cumplimiento de nuestra promesa, tenemos hoy el honor de publicar el retrato de D. Carlos, Duque de Madrid, cuyas importantes declaraciones hechas en el curso de una entrevista con el director de este periódico, han sido consideradas como un verdadero documento histórico.

No nos proponemos ofrecer una opinión sobre los méritos de una dinastía de un país, y menos si este país es España; pero si parece que, considerando el temperamento y tradiciones del pueblo español y el acendrado españolismo y ferviente patriotismo de D. Carlos, reunido todo esto á su experiencia en asuntos militares y á su gran conocimiento de los negocios de Estado, nadie puede gobernar mejor á un país que se encuentra en circunstancias tan críticas, que el héroe que con razón ha sido llamado el último representante de los caballerosos y heroicos reyes de los pasados tiempos.»



CRÓNICA GENERAL

NACIONAL

Terrible y edificante es el siguiente cuadro que pinta el día 15 en su artículo de entrada *El Imparcial*:

«El dinero dado por la nación para lograr la paz, cae en un pozo sin fondo. A favor del decaimiento público se hace el matute de los más ruinosos negocios. Se regalan millones á los agentes de un empréstito y á los constructores de los barcos de guerra; y cuando se podría creer agotada la codicia de los logreros, se busca el modo de regalar las líneas férreas á las empresas extranjeras que las explotan. Tal cúmulo de desastres prueba que ilegítimos intereses particulares han invadido las regiones donde debía imperar la más austera rectitud, y ya la corrupción aparece hasta entre la sal de Torrevieja.

Hemos llegado á un punto en que no es prudente esperar. Aun se confía en que quien puede y debe intervenga. Cerradas las Cortes, retiradas de su seno las minorías, sin reparación un agravio que será vergüenza del Gobierno que lo ampara, destruida la normalidad de la vida constitucional, ¿es posible esperar á que el estío pase sin dar satisfacción á las protestas de la nación?

Allí donde se guarda la última esperanza de la patria, allí importa que se medite so-

LA TRADICIÓN

Sr. Cura Párroco de

STA. MARGARITA

bre el estado de la opinión. Por gracia de la Providencia, no ha buscado todavía el enojo público camino que no esté trazado.»

Otra vez el gobierno que padecemos, para salir de apuros, bien que solamente por un momento, se ha visto precisado á acudir á la nación española en demanda de sus ahorros.

También ahora como cuando el empréstito de las aduanas el gobierno se ha equivocado de medio á medio. Ha creído que no conseguiría realizar sus propósitos, que España no podría, tal vez, cubrir el empréstito, y, en efecto, este se ha cubierto nada menos que cinco veces ó más.

Figurábase, sin duda, que la nación española extenuada, exprimida por las contribuciones que pesan sobre el pobre contribuyente español, no podría contribuir al empréstito. Ciertamente que había alguna razón para pensar así, supuestas las leyes rapaces del fisco: pero aun así y todo en España hay energías todavía, aunque otra cosa piense el jefe del gobierno, historiador y cómplice de la decadencia española.

Cuando la renta de Aduanas, recurrió al dinero español porque sufrió un desaire en el extranjero; ahora, temiendo un fracaso, ha entregado á una entidad bancaria la explotación del negocio, mediando tres millones de pesetas de comisión, comisión escandalosa; como no se ha cobrado otra ni aun en los tiempos luctuosos de la setembrina.

Esto demuestra que el gobierno ni aun siquiera conoce el país que gobierna, noble y generoso si los hay.

Leemos:

Dos eminencias del foro han hecho una apuesta; asegurando la una que en Junio de 1898 Don Carlos ocupará el trono de España ó habrá un gabinete que prepare la cosa: afirma la otra que si cae el ministerio conservador por aquella fecha, Sagasta será el que forme ministerio.

Esto en Barcelona: en Madrid Romero Robledo quiere retirarse por una temporada á la vida privada, cansado de las discordias que minan al partido conservador.

—Lástima no se pase V. á los carlistas, díjole un político.

—Hombre, replicó, no se apure, que todo se andará.

En todas partes las personas más ó menos honradas, pero sobre todo extremadamente mercantiles puesto que tienen algo que perder y de cadía lo van perdiendo (aparte de ver en lontananza su ruína total) gracias á los sistemas liberales, exclaman:

—Pero ¿qué hacen los carlistas? ¿No ven que no se puede más?

—Caballeros, les diremos nosotros, aguardamos á que nos tratéis como á personas. ¿Que nos habéis dado por la sangre que derramamos para salvaros del petróleo?

Es muy cómodo atizarnos y después conspirar para nuestro exterminio.

Es el gran sistema para no ser agradecidos. *Miri, Senyor: qui vulgui peix..... acabi bon Senyor, acabi.*

DE MAHÓN



El miércoles de la semana última, á las nueve de su mañana, fué conducido á su última morada en la vecina isla, el cadáver de D. Pascasio Nogales Isturiz, Capitán de Infantería retirado y decano de los letrados de aquella Ciudad.

Era el finado ferviente católico; desempeñó por mucho tiempo y con gran celo importantes cargos en varias asociaciones religiosas de Mahón y fué director del diario católico «La Crónica de Menorca» durante todo el tiempo que se publicó. Asistieron al entierro, además de la reverenda comunidad de Sta. María, varias autoridades y compañeros profesionales y numerosos amigos del finado.

Presidía el duelo el Teniente Coronel del Regimiento Regional D. Gualterio M.^a Seco y cerraba la comitiva la banda de música y un piquete del mismo Regimiento que á su llegada al Cementerio hizo las salvas de ordenanza.

LA TRADICIÓN no puede menos de sentir la muerte de tan leal como cristiano caballero, y aunque creyendo piadosamente que ya habrá obtenido en el cielo el premio á sus virtudes, se asocia de corazón al duelo de la familia y amigos, suplicando á los lectores una oración por el alma del finado.

R. I. P. A.

DE PALMA

Con motivo de la festividad de mañana, publicamos en el presente número extraordinario una elegante y simbólica portada debida al lápiz de uno de nuestros redactores artísticos. El pendón del Santo Apóstol, cobijando las Borbónicas Lises y el escudo del antiguo Reino Aragonés sostenido y coronado por la espada y característico casco del Rey Conquistador (acompañando todo el retrato del Augusto Príncipe cuya festividad celebramos), es el asunto gallardamente desarrollado y que viene á representar el lema santo que defendemos: la Religión, la Patria con sus regiones, y su Monarquía Tradicional.



Publicaciones Recibidas

La Leyenda de Oro

De los Sres. Gonzalez y C.^a, editores de Barcelona, hemos recibido los cuadernos 33 á 36 de *La Leyenda de Oro*, que en espléndida edición vienen publicando, y contiene todas las vidas de Santos del P. Rivadeneira, con adiciones de otros autores modernos que hacen más completa tan interesante obra.



VARIETADES

Dos heroísmos

Todos los presentes estábamos asombrados de oír á Gómez relatar sus desafíos. ¡Qué hombre aquél! En menos de cinco años había tenido veintidós duelos, y de todos había salido triunfante. Unos á pistola, otros á espada, otros á sable, en todos ellos se había jugado la vida, y estaba dispuesto á jugársela en otros tantos si el honor se lo exigía. Al terminar Gómez aquella sangrienta historia de peligros y mutilaciones, todos los circunstantes decíamos en nuestra conciencia:

—¡Este hombre es un valiente!

Y uno, más impresionado que los demás, exclamó en voz alta, mirando á Gómez con admiración:

—Pues es necesario mucho valor, un valor á toda prueba, para exponerse á la muerte tantas veces. Este Gómez es un héroe del honor.

Entonces un viejecillo de cara rugosa y patillas blancas que había escuchado á Gómez atentamente, como todos, la narración de sus proezas, dijo pausadamente, con una majestad que hacía más solemne el silencio que todos los demás guardábamos, y mirando friamente á Gómez:

—Este señor ha demostrado apreciar poco la vida, pero eso no es heroísmo. Yo, y ustedes me perdonarán la inmodestia, he sido más héroe que él.

Todos miramos con asombro al viejo. Su aspecto de hombre pacífico, inofensivo; su ancianidad, rayana en la decrepitud, estaban en contradicción ostensible con aquellas palabras arrogantes.

Gómez, que estaba acostumbrado á que nadie le disputara su hegemonía en el campo del honor, miró entre sorprendido é irritado al viejo.

Este sostuvo la mirada de Gómez, y fijando mas en él la de sus ojos tranquilos, le dijo:

—Yo he sido verdaderamente héroe del honor, caballero.

Gómez, que, aunque desconcertado todavía y dominado por la serenidad y la calma del viejo, había recobrado un tanto su audacia de siempre, le preguntó con tono de curiosidad provocativa:

—¿Pues cuántas veces se ha batido usted?

—Ninguna.

Nuestro asombro creció. Algunos que no conocían al viejo, entre ellos yo, pensamos por un momento si aquel señor tendría trastornada la cabeza. Pero esto no lo pensamos más que por un momento, como digo. El viejo hablaba con serenidad y firmeza; su mirada era lúcida y tranquila, su voz segura, su tono solemne y reposado; no, aquel hombre no era un loco, aunque por sus palabras nos lo hubiera parecido.

Gómez, al oír su contestación, rompió á reír imprudentemente, sin respeto á la blancura de su barba y á las arrugas de su rostro.

El anciano no hizo caso de la carcajada de Gómez, y continuó:

—No me he batido ninguna vez, y ahí está mi heroísmo... porque yo debí batirme en una ocasión. Verán ustedes.

Y tomó un sorbo de café, se limpió los labios, miró á todos, y, como satisfecho de la atención ansiosa con que todos nos preparábamos á oírle, dijo:

—Hace cuarenta años, y me acuerdo como si hubiera sido ayer, porque este es el episodio más memorable de mi vida, entré yo una noche con varios amigos en este mismo café, y nos sentamos en esta misma mesa en que estamos ahora. Todos habíamos bebido mucho; pero mucho más que todos yo, que me encontraba en un estado de excitación fuertísima. Mis amigos más serenos, vigilaban todos mis movimientos, porque yo tenía mala borrachera, y aquella noche les había comprometido varias veces, provocando una porción de cuestiones de las que por milagro habíamos salido bien.

Al poco rato de hallarnos aquí, entraron un hombre y una mujer, sin duda matrimonio, y se sentaron en esa mesa de la derecha. Desde que entraron me llamaron la atención, y de llamar la atención de un borracho á tenerle al lado va poco. Efectivamente, al poco rato me levanté, é impulsado por mi borrachera frenética, me llegué á su mesa y dije una insolencia al oído de la señora. Se levantó el hombre, alzó el bastón; cogí yo una botella de la mesa de ellos, y cuando nos disponíamos él á romperme la cabeza de un palo, y yo á romperle encima la botella, llegaron mis amigos de un lado y de otro varios mozos del café, y nos separaron.

Pero la cuestión no quedó aquí. Aquella misma noche dos de mis amigos se veían con dos amigos de mi desconocido adversario, y, sin darme conocimiento á mi, porque yo no estaba para entender en ninguna cuestión seria, trataron las condiciones del duelo á que aquel hombre me retaba.

Yo mientras tanto dormía en mi cama el pesado sueño de una gran borrachera, sin saber que cuatro hombres estaban disponiendo de mi vida como si fuera cosa suya.

A la mañana siguiente fueron á despertarme mis dos amigos. Yo no recordaba lo ocurrido la noche anterior; tenía de ello una memoria vaga y brumosa, nada más; únicamente se me venían de vez en cuando á la imaginación algunos detalles aislados, imperfectos, borrosos, como llegan por la mañana los recuerdos de un sueño de las primeras horas de la noche. Calculen ustedes si me sorprendería, por tanto, oír á uno de mis amigos:

«Mañana al amanecer es el duelo.

»—¿Te bates? le dije sorprendido.

»—No; te bates tú.

»—¡Yo!

»—¡Naturalmente! Has ofendido de

una manera grave á un hombre, y te has desafiado. Nosotros en representación tuya hemos aceptado el reto y concertado las condiciones del combate.»

La niebla que el sueño había depositado en mi cerebro se esparció y deshinzo instantáneamente, y recordé lo ocurrido. De un rayo de luz forma un haz el borracho después de la embriaguez. Algunas palabras de mis amigos fueron para mí el rayo de luz, y á favor de él, y recogiendo las ideas sueltas que andaban en desorden por mi imaginación, reconstituí la escena del café.

«Tu adversario no sabe manejar ningún arma, y sus padrinos han elegido la pistola, juzgando que es la que más tiende á igualar el combate. Tú siempre has sido un gran tirador; pero yo creo que te conviene ir hoy al tiro de pistola y ejercitarte por última vez. Hace tiempo que no tiras, y eso se olvida si la práctica no es constante.»

Yo no supe oponerme, pero aquello me repugnaba, y sabía que inundaba mi conciencia un remordimiento obscuro. Mi adversario á quien no guardaba rencor alguno, y cuya fisonomía no recordaba ya, no sabía manejar la pistola, mientras que yosiempre había hecho prodigios con las balas y había sido la envidia de los mejores tiradores que me admiraban y temían por mi sin igual destreza, probada cien veces en los salones de tiro.

Sin embargo, no dije nada, y aquella misma tarde fui con mis amigos á aprobar mi puntería. No había olvidado aquello, no: hice veinte tiros asombrosos. Mi pulso estaba firmísimo, como lo estaría al día siguiente, porque yo no tenía miedo.

Ahora bien; ¿creerán ustedes que aquello me satisfizo y me dió ánimos? Pues fué lo contrario, señores, se lo juro á ustedes. Yo hubiera querido tirar peor, para que el duelo se realizara en condiciones de relativa igualdad, porque yo no quería asesinar á un hombre.

Cuando yo dejaba la pistola sobre la mesa y miraba al blanco para observar mi último tiro, que había sido cierto como todos, entró un hombre y pidió que cargasen una pistola.

Aquel hombre era mi adversario.

Yo me quedé á verle tirar, con la esperanza de que los informes que yo tenía fuesen falsos y aquel hombre manejara bien la pistola.

Pero no había tal. Lo que me habían dicho era exacto, era cierto. Hizo tales tiros, que parecía que en su vida había tenido una pistola en la mano. Era hombre perdido. Su vida estaba en el cañón de mi pistola.

Y..... para concluir, porque me he fatigado hablando: ¿que creerán ustedes que hice yo con aquel hombre?

¡Matarle! dijimos varios á un mismo tiempo.

No, señores: darle una satisfacción, allí en el mismo tiro de pistola. Los padrinos (los míos con gran disgusto) redactaron después un acta en que constaba que yo me arrepentía de haberle ofendido y le daba satisfacción completa. Yo les juro á ustedes que lo hice porque no quería matarle. ¿Qué miedo podía tener yo, tirador consumado, á un hombre que no fijaba una bala á menos de metro y medio de blanco?

Y el viejo, cuando concluyó de hablar, dirigió á Gómez una mirada de triunfo. Efectivamente, en aquél había una grandeza que le faltaba á Gómez. Este, batiéndose veintitantas veces, no había tenido el heroísmo de aquel anciano rehuyendo batirse una. Porque, verdaderamente, se necesita más valor para dar una satisfacción á un hombre que para matarle.

A. N.

